

mitían réplica, para verificarlo. Nada tengo que añadir á esto sino es que no puedo concebir qué motivo dictó la carta de S. M. C. condenando á la una ó las dos de la madrugada una retirada que mandó verificar á pesar de mis instancias á las once de la noche, y que estaba ya cumplida cuando me fué entregada la carta.

»Pero advierto, señor mariscal, que entro en pormenores inútiles, y me apresuro á terminar esta carta, para usted y para mí ya enojosa, declarándole con toda franqueza que considero el informe que usted me ha enviado como lleno de falsedades.

Si S. M. C. hubiese tenido datos positivos sobre la conducta que he observado siempre desde que estoy en España, y principalmente sobre mi modo de conducirme antes y después de la batalla de Talavera, y durante la misma, no me hubiera retirado un solo instante su estimación, ni hubiera tenido el trabajo de descender á tantos pormenores para participarme que la he perdido: con esto me hubiera ahorrado el pesar de leerlo y el punzante dolor de contestarlo.

Por lo que hace al informe, causa del enojo de S. M. C. hacia mí, puedo asegurar que el jefe de estado mayor que lo redactó lo hizo con la única intención de instruir á S. M. C. de todos los pormenores de las operaciones del primer cuerpo de ejército; que ha escrito las cosas según las ha visto y han ocurrido, y que si ha estampado algunas equivocaciones, no ha incurrido en ellas con intento de faltar al respeto que así él como yo debemos á S. M. C. Leí este informe, quedé prendado de su verdad; pero siento no haber advertido con más detenimiento para suprimirlas algunas frases no completamente ajustadas á los miramientos y consideraciones debidas.

»Mi mando al parecer le es á usted muy gravoso; yo por mi parte no debo ocultarle que deseo con tanta ansia como usted mismo que S. M. Imperial y Real se digne emplearle en otra parte.

»José.»

No sé cómo he podido hacer creer á S. M. C. que me es gravoso su mando; me parece al contrario que en cuantas ocasiones se han presentado le he manifestado lo mucho que me honraba y halagaba el servir á sus órdenes, y para pensar de otro modo era necesaria su carta del 27 de agosto y el deseo que á su conclusión consigna. Si S. M. C. se digna leer este escrito que el honor me manda extender y que el deseo de poseer su confianza exige de mí imperiosamente; si las aclaraciones verídicas que le doy le persuaden de que su buena fe ha sido sorprendida, yo olvidaré sin trabajo las pesadumbres que me ocasiona su poco merecido desagrado y podré probarle todavía que soy digno de su benevolencia. De lo contrario aprovecharé el permiso que me concede de pedir á S. M. el emperador y rey otro destino.

Cuartel general de Toledo, 14 de septiembre de 1809.

El mariscal duque de Bellune,

VÍCTOR.

EXTRACTO DE LAS MEMORIAS MANUSCRITAS DEL MARISCAL JOURDAN

1809

«Al mismo tiempo que los franceses se dirigían el 27 desde Santa Olalla al Alberche, el general Cuesta y el general Sherbrooke se replegaban sobre Talavera, y el general Wilson, que había hecho llegar sus avanzadas hasta Navalcarnero con esperanza de promover una insurrección en Madrid, donde mantenía secretas inteligencias, volvía atrás apresuradamente.

»El ejército francés empezó á llegar á la mesa que domina el Alberche hacia las dos de la tarde. Divisábase desde allí al enemigo en movimiento, pero el terreno cubierto de olivares y encinares no permitía distinguir si se retiraban ó tomaban posición. Reconocióse también una retaguardia que había quedado en el bosque en las cercanías de Casa de las Salinas, compuesta de una división de infantería, de una brigada de caballería y cuatro bocas de fuego, mandada por el general Mackenzie. Con esperanza de batir á esta retaguardia y de llegar al grueso del ejército antes que los generales enemigos acabasen de dar sus disposiciones, ya intentasen aceptar la batalla ó evitarla, mandó el rey al mariscal Víctor pasar el Alberche con sus tres divisiones de infantería y la brigada de caballería ligera del general Bourmont, y dirigirse á Casa de las Salinas. No tardó en trabar el tiroteo el regimiento 16 de infantería ligera que marchaba á la cabeza de la división Lapisse, y el general Mackenzie, después de un combate de una hora, tuvo que retirarse precipitadamente. Los regimientos ingleses 31 y 37 sufrieron pérdidas considerables.

»Mientras tenía lugar este encuentro, pasaban el Alberche los dragones de Latour-Maubourg y la caballería ligera del general Merlin y formaban en el llano entre la carretera de Talavera y la de Casa de Salinas. Seguían este movimiento el cuarto cuerpo y la reserva con la división de dragones del general Milhaud á su izquierda. Avanzó en este orden esta parte del ejército y detúvose á la noche á tiro de cañón de los españoles, que no podían distinguirse con las hayas y olivos que los ocultaban. Encargada la caballería ligera de ir á reconocer su posición, fué acogida con una impetuosa descarga, que la obligó á replegarse con algún desorden, lo cual dió lugar á que Wellesley y el general Cuesta pintasen en sus informes este mero reconocimiento como un ataque combinado rechazado por ellos. Seguía sobre la derecha el duque de Bellune persiguiendo y cañoneando á la retaguardia; salió del bosque y se encontró delante de una colina en que apoyaba el enemigo su izquierda. Parecía ser aquella altura la llave de su posición, y el mariscal creyó deberse apoderar de ella inmediatamente sin esperar órdenes del rey. El general Ruffin, á cuya división se confió el ataque, rompió el movimiento á las nueve de la noche. El 9.º

regimiento de infantería ligera franqueó un largo y profundo barranco, trepó por la escarpada pendiente de la colina y llegó á su cúspide; pero por no haberle sostenido el 24 que en aquella obscuridad había tomado una falsa dirección, ni el 96 que se había retrasado al pasar el barranco, fué repelido con pérdida de trescientos hombres entre muertos y heridos. Su coronel Meunier recibió tres balazos. Han dicho los generales ingleses y españoles en sus partes, que se renovó el ataque durante la noche: no es cierto. Su línea en efecto rompió hacia las dos de la madrugada un fuego de filas bastante nutrido por espacio de algunos minutos, y esto dimanó sin duda de alguna falsa alarma, puesto que los franceses no salieron del campamento.

»Al dar cuenta al rey el duque de Bellune del resultado de su ataque, le previno que iba á renovarlo al rayar el día. Quizá se le hubiera debido comunicar la orden de esperar á que fuera bien reconocida la posición del enemigo y estuviese todo dispuesto para empeñar una acción general; pero el mariscal, que por haber permanecido mucho tiempo en las cercanías de Talavera conocía perfectamente el terreno en que se hallaba, parecía tan convencido del buen éxito, que el rey creyó que convenía dejarle obrar á su placer.

»El 28 al amanecer dispuso el general Ruffin sus tres regimientos del modo siguiente: el 9.º de infantería ligera á la derecha, el 24 de línea al centro y el 96 á la izquierda, formando cada batallón en columna cerrada por división. Treparon estos valientes regimientos con una rara intrepidez: el 24 llegando el primero á la cúspide de la colina estuvo á punto de apoderarse de las cuatro bocas de fuego que estaban allí en batería; pero el enemigo, libre por los otros puntos de su línea, pudo fácilmente proporcionarse nuevas tropas que repelieron nuestra acometida. Sin embargo, los generales Ruffin y Barrois que se distinguieron tanto por su serenidad y sangre fría cuanto por su valor, retiraron sus tropas ordenadamente. Esta acción fué, aunque breve, muy sangrienta. Así se expresaba sir Wellesley en su parte: *Al defender esta importante posición hemos perdido muchos oficiales y soldados valientes, entre ellos los mayores de brigada Forpe y Gardner; también el general Hill ha sido herido aunque levemente.*

»No fué menos considerable la pérdida de los franceses.

»Después de este infructuoso ataque trasladóse el rey al punto que ocupaba el primer cuerpo, desde donde se descubría con menos dificultad la posición del enemigo. Esta posición tenía como cosa de una legua de extensión desde la colina coronada por la izquierda de los ingleses al Tajo, donde apoyaban su derecha los

españoles. Esta colina, de muy rápida pendiente, se unía á una serie de cerros pequeños que se prolongaban en la dirección de Talavera; sepárala de una montaña que forma como un contrafuerte del Tietar un valle de unas trescientas toesas, donde nace un barranco que protegía el frente de los ingleses. En el centro, entre los dos ejércitos enemigos, elevábase el terreno y se había construido un reducto. El frente de los españoles estaba protegido con bosques de olivos y hayas, viñedos y fosos. Defendía la carretera que conduce del Alberche á Talavera una batería de grueso calibre, situada delante de la iglesia, que ocupaba, lo mismo que la ciudad, la infantería española. Se ve, pues, que los franceses tenían que vencer grandes obstáculos para acometer al enemigo, al paso que éste, formado en diversas líneas y en terreno descampado, podía maniobrar fácilmente y reforzar con toda rapidez los puntos más amenazados.

»Verificado este reconocimiento, habiendo preguntado el rey al mariscal Jourdan si opinaba que se diese la batalla, este mariscal respondió que una posición tan fuerte, defendida por un ejército superior en número, no podía en su concepto atacarse de frente; que habiendo descuidado sir Wellesley ocupar desde un principio el valle y la montaña que tenía á su izquierda, podría intentarse envolverle, si en vez de llamar su atención hacia aquel punto con dos ataques, se hubiesen hecho por el contrario serios amagos contra su derecha; que durante la noche y con gran silencio podría reunirse todo el ejército sobre la derecha, situarse en columna á la entrada del valle, atravesarle al rayar el día y formar luego sobre la izquierda en batalla; que era muy probable nos hubiésemos apoderado de la colina que podía servir de centro al ejército, con lo cual hubieran tenido los enemigos que cambiar de frente, de cuyo movimiento se pudiera sacar partido para volver al ataque con pujanza; que sin embargo, no habría sido posible lisonjarse del buen éxito de una maniobra tan atrevida no interceptando al enemigo el paso del valle, lo cual era ya imposible, puesto que el general inglés, advertido por los ataques precedentes del peligro que corría su izquierda, acababa de reforzarla con numerosa caballería que se estaba á la sazón situando á la salida del valle y con una división de infantería española que subía por la montaña; que fuera de esto, aun cuando fuese tiempo aún de dirigir el ataque según acababa de exponer, siempre vacilaría aconsejárselo al rey, porque en caso de desastre no sería posible retirarse más que sobre Ávila, por caminos inaccesibles á los carros, sacrificando la artillería y los bagajes del ejército y dejando á Madrid con todo el material que en él había en poder del enemigo.

»Acabó el mariscal diciendo que su opinión era permanecer en observación delante del enemigo, bien fuese en la posición actual, ó bien retrocediendo al Alberche hasta el momento en que los ingleses obligados por la marcha del duque de Dalmacia tuvieran que separarse de los españoles.

»Consultado á su vez el mariscal Víctor respondió que si el rey quería atacar á los enemigos con el cuarto cuerpo por la derecha y el centro, él se comprometía á tomar con sus tres divisiones la altura de donde había sido dos veces repellido, añadiendo que si no lo conseguía

renunciaba á hacer la guerra. Vacilaba el rey entre dos pareceres tan opuestos. Por un lado le parecía el éxito muy dudoso; por otro conocía que adoptando el parecer del mariscal Jourdan no dejaría el duque de Bellune de escribir al emperador que le habían hecho perder la ocasión de conseguir una gran victoria. No obstante, es probable que hubiera seguido el consejo de la prudencia á no haber recibido en aquel instante una carta del duque de Dalmacia, anunciándole que su ejército no se hallaría reunido en Plasencia sino del 3 al 5 de agosto. Esta circunstancia frustraba todos sus cálculos. Sabíase que el enemigo había llevado cañones sobre Toledo y que la vanguardia de Venegas se aproximaba á Aranjuez.

»Era, pues, menester destacar fuerza en los dos días inmediatos, á más tardar, para socorrer la ciudad atacada y salvar la capital. Pero antes de dividir su ejército creyó conveniente el rey empeñar un combate general.

»Tomada esta resolución, el mariscal Víctor, en vez de disponerse á embestir la colina con sus tres divisiones, como había prometido, mandó al general Ruffin formar sus tropas en columna, pasar al extremo de la derecha y penetrar en el valle siguiendo la falda de la montaña, á la cual envió el regimiento 9.º de infantería ligera contra la división española que acababa de ocuparla.

»Dió orden al general Villatte de formar también sus tropas en columna, y de cerrar la entrada del valle situándose al pie de la colina. Por último, al general Lapisse le mandó atacar sólo la altura. Fueron situados detrás de la infantería del primer cuerpo la división de caballería ligera del general Merlín y los dragones de Latour-Maubourg, para sostenerla en caso necesario y para hallarse en disposición de atravesar el llano, pasando por entre las divisiones Ruffin y Villatte, si la de Lapisse lograba tomar la colina.

»Dióse orden al general Sebastiani de establecer la división francesa de su cuerpo de ejército en dos líneas, á la izquierda de la de Lapisse, y la división alemana á la izquierda de la francesa, pero un tanto á la espalda y con la brigada polaca en segunda línea. El general Milhaud, apostado en la extremidad izquierda en terreno más abierto, tenía encargo de observar á Talavera y la derecha de los españoles. Quedó la reserva en la tercera línea del cuarto cuerpo.

»Eran las dos de la tarde cuando acabaron de tomarse estas primeras disposiciones. La división Lapisse debía iniciar el ataque; pero la del general Leval, que como dejamos dicho había de formar sobre la izquierda un escalón hacia atrás para poder obrar contra el ejército español, caso de que fuese éste á reforzar á los ingleses, ó de que tratase de escaramucearnos para favorecerlos envolviendo nuestra izquierda; la división Leval, repetimos, avanzó demasiado y se halló enfrente de la izquierda de los ingleses y de la derecha de los españoles. Fueron causa de este error lo quebrado del terreno y la imposibilidad de distinguir la línea entre los olivares y viñedos. En cuanto estuvo desplegada se vió impetuosamente acometida por fuerzas superiores. Sin embargo, después de un violento combate de tres cuartos de hora fué repellido el enemigo, y ya un regimiento inglés iba á rendir las armas cuando cayó muer-

to el coronel del regimiento de Baden que le tenía interceptado. Hizo entonces este regimiento un movimiento á la espalda, y el regimiento inglés se vió libre; perdió sin embargo unos cien hombres, con su mayor, su teniente coronel y su coronel. Este último murió de sus heridas.

»En cuanto advirtió el rey que la división alemana se hallaba prematuramente empeñada en el combate, despachó órdenes al general Sebastiani para que la hiciese retroceder al terreno que debía ocupar. Hubiera sido en efecto muy expuesto el privarse de la única infantería que podía oponerse al ejército español en caso necesario y ponerla á pique de ser envuelta por este mismo ejército mientras anduviese á las manos con la derecha de los ingleses. Cumplidas estas órdenes, la línea del cuarto cuerpo quedó formada según el rey había prescrito; pero acabábamos de perder mucha gente en una acción sin resultado, y la artillería del general Leval, imprudentemente empeñada en los bosques, viñedos y fosos, con la mayor parte de sus caballos muertos, no pudo salir de aquel atolladero; incidente enojoso que han aprovechado los ingleses para atribuirse la victoria, y que por un imperdonable yerro se le ocultó al rey.

»Habiendo tomado el mariscal Víctor sus disposiciones, el general Lapisse, que marchaba á la cabeza de su división, atravesó el barranco, trepó por la escarpada pendiente de la colina, é iba ya á coronarla cuando cayó mortalmente herido. Desconcertadas sus tropas con este incidente, y no sosteniéndolas como debían esperar las demás divisiones del primer cuerpo, no pudieron resistir á la embestida de los refuerzos que contra ellas envió sir Wellesley, y tuvieron que batir en retirada, aunque fueron después reorganizadas por el mariscal Víctor, que las volvió á llevar hasta el pie de la colina.

»Al mismo tiempo, temeroso el general inglés de verse envuelto por las dos divisiones, que según hemos manifestado arriba asomaban por el valle, envió contra ellas numerosa caballería; pero esta carga fué contrastada por el fuego de la infantería francesa. Sin embargo, el regimiento 23 de dragones ingleses ligeros se abrió paso por entre las divisiones Villatte y Ruffin y acometió á la brigada del general Strolz, compuesta de los regimientos 10 y 26 de cazadores á caballo. Maniobrando este general de modo que pasase libremente el regimiento enemigo, le embistió por retaguardia, mientras le acometía de frente el general Merlín con los lanceros polacos y los caballos ligeros de Westfalia. Rodeados los dragones ingleses de enemigos, fueron todos muertos ó prisioneros.

»Mientras esto pasaba en el primer cuerpo, la división francesa del cuarto embestía con éxito el centro de los ingleses; mas descubierta su derecha por la retirada de la división Lapisse, fué sorprendida por el flanco. No obstante, el general Rey, que mandaba la primera brigada, cargó al enemigo á la cabeza del regimiento 28 con el 32 en segunda línea, le detuvo, y repelió tres ataques sucesivos. Al mismo tiempo el general Belair desbarataba al frente del 75 y 58 á la brigada de guardias y desembocaba en el llano, cuando le detuvo una carga de caballería. Salieron heridos los tres jefes de batallón del 75 y su coronel; éste cayó además prisionero. Advirtiendo el general Sebastiani que el ejército

español no se movía, se le acercó con la división alemana, que situó en la segunda línea de la división francesa. En esto estaba, cuando recibió órdenes del rey de suspender su ataque y de permanecer en el terreno que ocupaba, por no poder producir resultado alguno ventajoso ninguna tentativa que por aquel lado se hiciese después de la retirada de la división Lapisse. Satisfechos los ingleses con haber conservado su posición, nada más emprendieron, y cesó el combate en toda la línea, á pesar de hallarse los ejércitos contendientes á medio tiro de cañón.

»Queriendo el rey intentar el último esfuerzo, había dado orden á la reserva de dirigirse á la derecha, cuando se le hizo advertir que el día estaba demasiado adelantado y que aunque se lograra alguna ventaja no podría sacarse partido de ella. Esta observación hizo revocar la orden, y el rey se recogió entre su guardia, donde estableció su vivac, resuelto al parecer á repetir la batalla al día siguiente ó por lo menos á no tomar el partido contrario hasta después de reconocer durante el día las disposiciones del enemigo. Sin embargo, hacia las diez de la noche unos oficiales procedentes del primer cuerpo anunciaron que el duque de Bellune había sido envuelto por su derecha y no podía permanecer más tiempo en su posición; otros, por el contrario, venían diciendo que el mariscal juzgaba que los enemigos no podrían resistir un nuevo ataque. Para cerciorarse de la verdad escribió el rey inmediatamente al mariscal; pero aún no había recibido respuesta cuando llegó al amanecer el general Sebastiani con su cuerpo de ejército, anunciando que se había retirado porque el primer cuerpo se replegaba sobre Cazalegas faldeando las montañas.

»No había ya que deliberar, sino seguir el movimiento. La división de dragones del general Milhaud formó la retaguardia; marcharon las tropas lenta y ordenadamente; el enemigo no movió su campo. El cuarto cuerpo y la reserva llegaron á la posición del Alberche por la carretera de Talavera á Madrid, al mismo tiempo que llegaba el primer cuerpo por la de Casa de las Salinas. Informado el rey de que quedaban rezagados algunos heridos, mandó al general Latour-Maubourg ir en busca de ellos con su división y llevarlos por delante, lo cual se ejecutó sin que el enemigo tratase de impedirlo.

»Esta retirada, verificada sin necesidad, sin orden del jefe del ejército y contra su voluntad, fué motivo de un grande altercado entre el mariscal Víctor y el general Sebastiani, cada uno de los cuales alegaba haberse retirado porque abandonaba el otro su posición.»

CARTAS DEL EMPERADOR

AL GENERAL CLARKE, MINISTRO DE LA GUERRA

«Schanbrunn, 15 de agosto de 1809.

»Recibo su carta de usted del 8.—No comprendo bien el suceso de España, ni lo que en él ha ocurrido: ¿dónde ha quedado el ejército francés el 29 y el 30? ¿Dónde ha estado en estos dos días el ejército inglés? Dice el rey que está maniobrando hace un mes con cuarenta mil hombres contra cien mil; escríble usted que eso es cabalmente lo que me disgusta. El plan de

hacer pasar al mariscal Soult sobre Plasencia es des-
acertado y contrario á todas las reglas; ofrece todos los
inconvenientes y ninguna ventaja. 1.º El ejército inglés
puede pasar el Tajo, apoyar sus espaldas en Badajoz,
hecho lo cual nada tiene que temer del mariscal Soult.
2.º Puede batir á los dos ejércitos separadamente. Si
por el contrario Soult y Mortier hubiesen acudido so-
bre Madrid, habrían estado allí el 30, y el ejército
reunido el 15 de agosto con una fuerza de ochenta mil
hombres habría podido dar la batalla y conquistar la
España y el Portugal. Ya había yo encargado que no
se diese batalla si no estaban reunidos los cinco cuer-
pos ó por lo menos cuatro. Veo que nada entienden en
Madrid de los grandes movimientos de la guerra.

»NAPOLEÓN.»

AL GENERAL CLARKE, MINISTRO DE LA GUERRA

«Schanbrunn, 18 de agosto de 1809.

»Acabo de recibir su carta de usted del 12.—Veo
que no hay cartas de España. Ansío saber noticias de
ese país y de la marcha del duque de Dalmacia. ¡Qué
soberbia ocasión han perdido! Han tenido á treinta mil
ingleses á ciento cincuenta leguas de las costas, y nada
han hecho cien mil hombres de las mejores tropas del
mundo. He aquí lo qué es un ejército sin jefe.

»NAPOLEÓN.»

AL GENERAL CLARKE, MINISTRO DE LA GUERRA

«Schanbrunn, 25 de agosto de 1809.

»Es adjunta una relación del general Sebastiani que
el rey de España me envía. En cuanto reciba la que
me anuncia el duque de Bellune, verá si conviene pu-
blicarlas en el *Monitor*. Verá usted por la relación del
general inglés Wellesley que hemos perdido veinte ca-
ñones y tres banderas. Manifieste usted al rey mi sor-
presa, y mi desagrado al mariscal Jourdan, porque sólo
me envían cuentos, y en vez de hacerme saber la ver-
dadera situación de las cosas sólo se me presentan am-
plificaciones de escolares. Deseo saber la verdad, quié-
nes han sido los artilleros que han abandonado sus
piezas y las divisiones de infantería que las han permi-
tido quitar. Haga usted entrever en su carta al rey el
disgusto que me causa ver que llama á sus soldados
vencedores; que esto es perder la tropa; que el hecho
cierto es que yo he perdido la batalla de Talavera; que
sin embargo, necesito tener noticias verídicas, saber el
número de los muertos, de los heridos, de los cañones
y banderas que nos ha quitado el enemigo; que en Es-
paña se emprenden las acciones sin madurez y sin co-
nocimiento de la guerra, y que en el día de la batalla se
echa siempre de menos el plan, el conjunto y la decisión.

»Escriba usted al general Sebastiani que el rey me
ha enviado su informe sobre la batalla de Talavera; que
el primero que echo de menos en él es el tono propio
de un militar que da cuenta de la situación de la cam-
paña, y que yo deseaba que diese razón de las pérdidas
sufridas y presentase un estado explícito y verdadero
de lo ocurrido, porque tengo derecho á saber la verdad
y así lo exige mi buen servicio.

»Haga usted conocer á unos y á otros cuánto falta al
gobierno el que le oculta cosas que luego averigua por
todos los individuos del ejército que escriben á sus fa-
milias, y le expone á dar crédito á todas las versiones
que publica el enemigo.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE LA GUERRA

«Schanbrunn, 10 de octubre de 1809.

»Deseo que escriba usted al rey de España, hacién-
dole entender que no hay cosa más contraria á las re-
glas militares que revelar las fuerzas de su ejército en
las órdenes del día, en las proclamas y en las gacetas;
que cuando es absolutamente indispensable hablar de
las propias fuerzas, conviene exagerarlas y presentarlas
como formidables, duplicando ó triplicando su número,
disminuyendo por el contrario y presentándola como la
mitad ó la tercera parte cuando se habla de la del ene-
migo. Que en la guerra el influjo moral hace todo; que
el rey ha perdido de vista este principio diciendo que
sólo tenía cuarenta mil hombres, y publicando que los
insurgentes eran en número de ciento veinte mil; que
es desanimar á las tropas francesas el presentar como
inmensa la fuerza enemiga, al paso que se da al contra-
rio una pobre idea de los franceses presentándoles como
de fuerza escasa; que esto era proclamar en toda Es-
paña su debilidad, y dar en una palabra fuerza moral al
enemigo quitándosela á sí propio; porque es muy de la
índole humana creer que tarde ó temprano los menos
han de salir siempre vencidos por los más.

»Los militares más experimentados repugnan siem-
pre el valor en los días de batalla las fuerzas de que se
compone el ejército enemigo, y por lo general el natu-
ral instinto hace creer más formidable de lo que real-
mente es al enemigo que se tiene delante. Pero cuando
se comete la imprudencia de dejar circular suposiciones
y de autorizar cálculos exagerados sobre la fuerza del
enemigo, resulta el inconveniente de que cada coronel
de caballería que hace un reconocimiento cree haberse-
las con un ejército, y cada capitán de cazadores se figu-
ra descubrir batallones.

»Veo, pues, con sentimiento la mala dirección que se
imprime al espíritu de mi ejército en España repitiendo
que sólo éramos cuarenta mil contra ciento veinte mil.
Semejantes declaraciones no han producido más resul-
tado que rebajar nuestro crédito en Europa, haciendo
creer que nuestro renombre carece de seguro cimientó
y nuestra fuerza moral ha padecido para acrecentar la
del enemigo. El influjo moral y la opinión, debo repe-
tirlo, son en la guerra casi todo. El arte de los grandes
capitanes ha sido siempre propalar y presentar al ene-
migo una idea muy ventajosa de sus propias tropas, y á
éstas como muy inferior la fuerza del enemigo. Es la
primera vez que se ve á un general disfrazar la verdad
rebajando sus medios y exaltando los del contrario.

»El soldado no juzga, pero los militares de buen seso
cuya opinión significa algo y que juzgan con conoci-
miento de las cosas, hacen poco caso de las órdenes del
día y de las proclamas y saben apreciar los aconteci-
mientos.

»Espero que no vuelvan á cometerse semejantes inad-
vertencias, que bajo ningún pretexto se publiquen órde-

nes del día ni proclamas que tiendan á revelar las fuer-
zas de mis ejércitos; espero por el contrario que se
tomen medidas directas é indirectas para que se forme
de ellas la más favorable opinión. Tengo en España dos
ó tres veces más fuerza que puedo tener en ninguna
otra parte del mundo, en entereza, en valor y número.
Cuando vencí en Eckmühl al ejército austriaco, tenía
para cada uno de mis soldados cinco enemigos, y sin
embargo, los míos creían ser tantos como ellos, y hoy
mismo á pesar del largo tiempo que llevamos viviendo
en Alemania ignora el enemigo nuestra verdadera fuer-
za. Ponemos el mayor empeño en aparecer más nume-
rosos cada día. Lejos de confesar que en Wagram no
tenía yo más que cien mil hombres, procuro acreditar
que tenía hasta doscientos veinte mil (1).

»En mis campañas de Italia, donde sólo contaba con
un puñado de hombres, seguí constantemente este prin-
cipio de exagerar mis propias fuerzas. Mis proyectos
fueron siempre favorecidos, y no disminuyó por eso mi
gloria, porque mis generales y los militares entendidos
sabían perfectamente, pasados los sucesos, reconocer
todo el mérito de las operaciones y hasta el de haber
abultado el número de mis tropas. Pero con vanas con-
sideraciones, con vanidades mezquinas y con pequeñas
pasiones no se hace nunca nada grande.

»Espero, pues, que estos desaciertos tan enormes y
tan perjudiciales á mis armas y á mis intereses, no vol-
verán á repetirse en mis ejércitos de España.

»NAPOLEÓN.»

CARTAS DE SIR ARTURO WELLESLEY

AL MAYOR GENERAL O'DONOJOU

«Talavera, 19 de julio de 1809.

»Inste usted á S. E. el general Cuesta para que des-
taque esta misma noche hacia el puerto de Baños una
división de infantería con cañones y un oficial experi-
mentado y entendido, al cual pueda con toda seguridad
confiar el mando.

»Si consiguiere el enemigo adelantarse atravesando el
puerto de Baños, no puedo ocultar á usted que la posi-
ción de nuestros dos ejércitos sería sumamente crítica.

»Sólo tenemos un medio de evitarlo, además de opo-
nernos á que pase el puerto, y este medio consiste en
acelerar todo lo posible la marcha del general Venegas
sobre Madrid, siguiendo una línea enteramente distinta
y apartada de la que han adoptado los ejércitos combi-
nados. Con esto el enemigo se verá precisado á retirar
un destacamento de su cuerpo principal para contrarres-

(1) Es de observar que Napoleón da aquí el ejemplo junto con
el precepto, puesto que él mismo ocultó la verdad sobre el nú-
mero de sus fuerzas en Wagram. Deseoso de probar á su hermano y
á sus lugartenientes que se había de hacer mucho con pocos re-
cursos, al paso que ellos hacían poco con mucho, se atribuye cin-
cuenta mil hombres menos de los que en realidad tenía en Wagram.
Existe en efecto una carta suya al mayor general, escrita con toda
sinceridad, en que discutiendo las fuerzas que podrá reunir para la
batalla las valúa en ciento sesenta mil hombres. En esto en verdad
había algo de ilusión, porque sus mismos cuadernos prueban que
sólo pudo reunir ciento cincuenta mil, fuerza de todos modos su-
perior á los cien mil que ahora consigna. Sea ésta una nueva prue-
ba de la dificultad de averiguar la verdad, aun pudiendo disponer
de los documentos más auténticos, y de los grandes esfuerzos de
crítica que para acercarse á ella se requieren.

tar á Venegas, y debilitado el cuerpo principal podre-
mos acometerle sin desventaja, ó bien si se cree más
conveniente nuestros ejércitos combinados podrán des-
tacar un cuerpo suficiente para batir el ejército que al
parecer va marchando por las montañas de Plasencia.

»WELLESLEY.»

AL HONORABLE J. H. FRERE

«Talavera, 31 de julio de 1809.

»He recibido una carta de don Martín de Garay, á
quien deseo transmita usted las siguientes observaciones.

»Le agradeceré mucho que entienda que no estoy
autorizado para mantener correspondencia con ningún
ministro español y le ruego que las órdenes que para mí
pueda tener me las remita por su conducto de usted.
De este modo evitaré, al menos lo espero, las represen-
taciones injuriosas y destituidas de fundamento que don
Martín de Garay me ha prodigado.

»Le es muy fácil á un señor paisano que se halla en
la posición de don Martín de Garay instalarse en su
gabinete y dejar correr la pluma sobre la gloria que re-
sultaría de repeler á los franceses allende el Pirineo.
Creo que no hay ninguno en España que para conse-
guirlo se haya expuesto á tantos riesgos y hecho tantos
sacrificios como yo. Pero quisiera que don Martín de
Garay y los demás señores de la Junta, antes de censu-
rarme por no adelantar más ó de imputarme de ante-
mano las consecuencias probables de desaciertos é in-
discreciones ajenas, tuviesen á bien trasladarse aquí ó
enviar algún comisionado que remediase las necesidades
de nuestro ejército muerto de hambre, el cual, aún
después de haberse batido por espacio de dos días
venciendo á un enemigo de fuerzas duplicadas (y esto
es en beneficio de España) no tiene pan que comer. Es
un hecho positivo que en los siete últimos días no se ha
dado al ejército inglés la tercera parte de sus provisiones;
que hay en la actualidad cuatro mil heridos que mueren
en el hospital de esta ciudad por falta de asistencia y
de las cosas precisas que en todos los países se facilitan
aun á los mismos enemigos, y en suma, que de este
país no puedo sacar auxilio ninguno. Ni siquiera puedo
conseguir que se entierren los cadáveres de las cerca-
nías, y sus exhalaciones serán tan perniciosas á los es-
pañoles como á nosotros mismos.

»Estoy resuelto á no moverme hasta que reciba las
provisiones y medios de transporte suficientes.

»A. WELLESLEY.»

Á LORD CASTLEREAGH

«Talavera, 1.º de agosto de 1809.

»Nuestra posición es embarazosa; espero, sin embar-
go, salir adelante sin empeñar una nueva batalla de
consideración, que nos expondría á un descalabro que
inutilizase todos nuestros esfuerzos. Podría salir enteramente
airoso si hubiera medio de manejar al general
Cuesta, pero son tales su índole y sus prevenciones, que
lo creo de todo punto imposible. Carecemos de provi-
siones y no sé cómo remediarlo. Son ya tan numerosos
los ejércitos españoles, que devoran todos los recursos
del país. No tienen ellos almacenes; nosotros tampoco